

Agatha Christie®

EL TEMPLETE DE NASSE-HOUSE

Un juego con un final inesperado.
Un caso para
HÉRCULES POIROT



AGATHA CHRISTIE

EL TEMPLETE DE NASSE-HOUSE

Traducción de Stella de Cal



Dead Man's Folly © 1956 Agatha Christie Limited. All rights reserved.

AGATHA CHRISTIE, POIROT and the Agatha Christie Signature are registered trademarks of Agatha Christie Limited in the UK and elsewhere. All rights reserved.

www.agathachristie.com

Agatha Christie Roundels Copyright © 2013 Agatha Christie Limited. Used with permission.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Ilustraciones de la cubierta: © Ed

Agatha Christie[®]

Traducción de Stella de Cal © Agatha Christie Limited. All rights reserved.

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

Espasa Libros, 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Publicado de acuerdo con Grupo Planeta Argentina S.A.I.C.

Primera edición: julio de 2025

ISBN: 978-84-670-7808-4

Depósito legal: B. 10.579-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Capítulo 1

I

La señorita Lemon, eficiente secretaria de Poirot, atendió la llamada telefónica. Dejó a un lado su cuaderno de taquigrafía, levantó el auricular y dijo con voz desanimada: —Trafalgar, 8137.

Hércules Poirot se recostó en su butaca vertical y cerró los ojos. Con expresión meditabunda, comenzó a golpear suavemente con los dedos el borde de la mesa. En su cabeza siguió dando forma a los pulidos párrafos de la carta que estaba dictando.

Tras poner la mano sobre el auricular del teléfono, la señorita Lemon preguntó en voz baja:

—¿Quiere usted responder? Conferencia de Nassecombe, Devon.

Poirot frunció el ceño. El lugar no significaba nada para él.

—¿Quién llama? —dijo con cautela.

La señorita Lemon preguntó:

—¿Cómo dice? ¡Ah, sí! Por favor, ¿me repite el apellido?

Se volvió de nuevo hacia Hércules Poirot.

—La señorita Ariadne Oliver.

Poirot alzó las cejas. Un recuerdo acudió a su memoria: unos cabellos grises y alborotados..., un perfil aguileño...

Se levantó y substituyó a la señorita Lemon al teléfono.

—Hércules Poirot al habla —anunció en tono grandilocuente.

—¿Es el señor Hércules Poirot... en persona? —preguntó la voz suspicaz de la telefonista.

Poirot le aseguró que así era, en efecto.

—Le paso con el señor Poirot —dijo ella.

La voz atiplada se vio substituida por una magnífica de contralto, que obligó a Poirot a separar el oído del teléfono.

—Monsieur Poirot, ¿de verdad es usted? —preguntó la señora Oliver.

—El mismo, madame.

—Soy la señora Oliver. No sé si usted me recordará...

—Por supuesto que la recuerdo, madame. ¿Quién podría olvidarla?

—Bueno, algunas personas me olvidan —respondió la señora Oliver—. Ocurre con bastante frecuencia. No creo que tenga una personalidad muy definida. O puede que sea porque siempre estoy cambiando de peinado. Pero todo esto no tiene nada que ver con el motivo por el que le llamo. Supongo que estará muy ocupado y que le estoy molestando.

—No, no, no me molesta, en absoluto.

—Dios mío, no quiero volverle loco..., el caso es que le necesito.

—¿Me necesita?

—Sí, enseguida. ¿Puede usted coger un avión?

—Jamás viajo en avión. Me mareo.

—Yo también me mareo. De todos modos, no creo que fuera más rápido que el tren, porque me parece que el único aeropuerto cerca de aquí es el de Exeter, que está a bastantes kilómetros. Así que venga en tren. A las doce sale uno de Paddington para Nassecombe... Le da tiempo. Tiene usted tres cuartos de hora, si mi reloj anda bien..., aunque no suele funcionar como es debido.

—Pero ¿dónde está usted, madame? ¿A qué viene todo esto?

—Nasse-House, Nassecombe. En la estación de Nassecombe le estará esperando un coche o un taxi.

—Pero ¿por qué me necesita? ¿A qué viene todo esto? —repitió Poirot, frenético.

—Los teléfonos están en unos sitios tan inconvenientes... —dijo la señora Oliver—. Este se halla en el vestíbulo... La gente pasa y habla... No puedo oírle bien. Pero le espero. Sería estupendo para todos nosotros. Adiós.

Cuando la señora Oliver colgó el teléfono se oyó el característico golpe seco. Por la línea llegaba un suave zumbido.

Con expresión confusa, Poirot colgó a su vez, murmurando algo entre dientes. La señorita Lemon seguía sentada, con el lápiz en alto, sin mostrar la menor curiosidad. Repitió con voz monótona la última frase que Poirot le había dictado antes de la interrupción.

—... permítame que le asegure, estimado monsieur, que la hipótesis que usted ha formulado...

Poirot desechó con un gesto la idea de seguir con la carta.

—Era madame Oliver —dijo—. Ariadne Oliver, la es-

critora de novelas policiacas. Puede que haya leído usted...

Pero se detuvo, recordando que la señorita Lemon solo leía libros instructivos y que despreciaba semejantes futilidades.

—Quiere que vaya a Devonshire hoy, enseguida, dentro de... —echó una mirada al reloj de pared— treinta y cinco minutos.

La señorita Lemon levantó las cejas con desaprobación.

—Muy justo de tiempo —replicó—. ¿Por qué razón?

—¡Eso quisiera saber yo! No me lo ha dicho.

—¡Qué extraño! ¿Por qué no?

—Porque —contestó Hércules Poirot, pensativo— tenía miedo de que la oyeran. Sí, lo dejó bien claro.

—¡Realmente —dijo la señorita Lemon, saltando en defensa de su jefe—, la gente le pide a uno cada cosa! ¡Qué idea, salir corriendo para un asunto tan disparatado como ese! ¡Un hombre importante como usted! Siempre he opinado que estos artistas y escritores están un poco desequilibrados... No tienen ningún tipo de sentido común. ¿Pongo un telegrama diciendo: «Lamentándolo, imposible dejar Londres»?

Extendió la mano hacia el teléfono, pero la voz de Poirot interrumpió el gesto.

—*Du tout!* —dijo—. Al contrario. Tenga la bondad de llamar un taxi inmediatamente.

Alzó la voz.

—¡Georges! Pon en la maleta pequeña unas cuantas cosas indispensables. Pero date prisa, mucha prisa: tengo que coger un tren.

II

El tren, después de recorrer a toda velocidad doscientos noventa kilómetros de los trescientos cuarenta de viaje, jadeó con suavidad, como disculpándose, a lo largo de los kilómetros restantes. Finalmente, entró en la estación de Nassecombe. Solo se bajó una persona: Hércules Poirot. Salvó con cuidado la distancia entre el peldaño del tren y el andén, y miró a su alrededor. Al final del convoy, el hombre que se encargaba de las maletas se afanaba dentro de un departamento de mercancías. Poirot cogió su equipaje y se dirigió a lo largo del andén hacia la salida. Entregó su billete y salió junto a la taquilla.

En el exterior le esperaba un gran coche sedán; un chófer de uniforme caminó hacia él.

—¿El señor Hércules Poirot? —preguntó respetuosamente.

Cogió la maleta de Poirot y abrió la puerta del coche. Salieron de la estación sobre el puente del ferrocarril, dando la vuelta y adentrándose en una pequeña y serpenteante carretera bordeada de altos setos a ambos lados. Poco después, el terreno descendía a la derecha, dejando ver una hermosa panorámica sobre el río, y al fondo, unas colinas. El chófer se acercó al seto y detuvo el automóvil.

—El río Helm, señor —dijo—. Al fondo se ve Dartmoor.

Estaba claro que debía admirarse. Poirot lanzó las exclamaciones de rigor, murmurando «*magnifique*» varias veces. A decir verdad, la naturaleza le atraía muy poco. Una huerta de hortalizas, bien cultivada y ordenada, era mucho más probable que despertara la admiración del

detective. Dos chicas que iban a pie adelantaron al coche esforzándose poco a poco colina arriba. Llevaban sendas mochilas e iban vestidas con pantaloncitos cortos y unos pañuelos de vivos colores a la cabeza.

—Aquí al lado tenemos un albergue juvenil, señor —explicó el chófer, quien, evidentemente, había decidido que sería el guía de Poirot en la región de Devon—. Se llama Hoodown Park. Antes pertenecía al señor Fletcher. La Asociación de Albergues Juveniles lo compró y en verano se llena de gente. Unas cien personas cada noche. No se les permite quedarse más que un par de días..., luego tienen que marcharse. La mayoría son extranjeros. Hay chicos y chicas.

Poirot asintió con expresión distraída. Estaba pensando, y no por primera vez, que, vistos por detrás, los pantalones cortos favorecían a muy pocas mujeres. Cerró los ojos. ¿Por qué, Señor, por qué los jóvenes se vestirán de esa manera? ¡Esos muslos enrojecidos no resultaban nada atractivos!

—Parece que van muy cargadas —murmuró.

—Sí, señor. Y hay una buena tirada desde la estación a la parada del autobús. Son casi tres kilómetros hasta Hoodown Park. —Titubeó un momento—. Si no tiene usted inconveniente, señor, podríamos llevarlas...

—Naturalmente, naturalmente —respondió Poirot con benevolencia.

Ahí estaba él, en un coche de lujo casi vacío, y allí aquellas dos jóvenes jadeantes y sudorosas, cargadas con pesadas mochilas. El chófer puso el coche en marcha y se detuvo con un ronroneo junto a las dos muchachas. Las dos caras, arreboladas y sudorosas, se alzaron esperanzadas.

Poirot abrió la puerta y las dos chicas subieron.

—Gracias, es usted muy amable —dijo una de ellas, una chica rubia con acento extranjero—. Queda más lejos de lo que creía.

La otra chica, con el rostro quemado del sol y muy congestionado, y unos rizos castaños asomándole por debajo del pañuelo que cubría su cabeza, se limitó a hacer varias señales de asentimiento, a mostrar sus blancos dientes y a murmurar: «*Grazie*». La rubia continuó hablando con vivacidad:

—Yo vine a Inglaterra para dos semanas, de vacaciones. Soy holandesa. Me gusta mucho Inglaterra. He estado en Stratford Avon, en el teatro de Shakespeare y en Warwick Castle. Luego he estado en Clovelly; ahora he visto la catedral de Exeter y Torquay (muy bonito); vengo aquí a ver un lugar famoso y pintoresco, y mañana cruzo el río, voy a Plymouth, desde donde se descubrió el Nuevo Mundo.

—¿Y usted, *signorina*? —Poirot se volvió hacia la otra chica, pero ella se limitó a sonreír y a mover sus rizos.

—Mucho inglés no habla —dijo la chica holandesa amablemente—. Las dos sabemos un poco de francés..., por eso hablamos en tren. Viene de cerca de Milán y tiene pariente en Inglaterra casada con caballero que tiene tienda con muchos ultramarinos. Vino ayer con amiga suya a Exeter, pero amiga comió pastel malo de jamón y ternera en una tienda de Exeter y tuvo que quedarse allí enferma. No es bueno con calor el pastel de ternera y jamón.

En aquel momento, el chófer aminoró la marcha en un lugar donde la carretera se bifurcaba. Las dos chicas se apearon, les dieron las gracias en dos idiomas y conti-

nuaron su ascensión por el camino de la izquierda. El chófer abandonó por un momento su actitud distante y le dijo a Poirot:

—No solo con los pasteles de jamón y ternera; uno ha de tener cuidado con cualquier clase de pastelería. ¡Les meten de todo durante la temporada de verano!

Arrancó el coche y tomó la carretera de la derecha, que poco después se adentraba en un espeso bosque. Continuó hablando para pronunciar su veredicto final sobre los ocupantes del albergue juvenil de Hoodown Park:

—Algunas de las jóvenes de ese albergue son agradables —dijo—, pero cuesta mucho trabajo hacerles comprender que no deben invadir la propiedad privada. Se cuelan constantemente en la finca. Es un desastre. Parecen no entender que la casa de un caballero no es un espacio público. Siempre están metiéndose en el bosque, y luego fingen que no entienden lo que se les dice.

Movió la cabeza con pesar.

Continuaron bajando la colina a través de los bosques, luego cruzaron una gran puerta de hierro y prosiguieron por una vereda que, tras una curva final, terminaba frente a una imponente casa blanca, estilo georgiano, que dominaba el río.

El chófer abrió la puerta del coche en el momento en que un mayordomo alto y moreno aparecía en la entrada.

—¿El señor Hércules Poirot? —preguntó el criado.

—Sí.

—La señora Oliver le espera, señor. La encontrará usted en el parapeto. Permítame que le indique el camino.

El mayordomo condujo a Poirot por un sendero tortuoso a lo largo del bosque, desde el que, de vez en cuan-

do, se vislumbraba el río. El sendero descendía gradualmente hasta terminar en un espacio abierto, circular, en el que había un parapeto bajo y almenado. Ahí estaba sentada la señora Oliver.

Se levantó para salir a su encuentro y de su regazo cayeron varias manzanas que rodaron en todas direcciones. Las manzanas parecían ser un *motif* inevitable de todos los encuentros con la señora Oliver.

—No sé por qué siempre dejo caer cosas —dijo de un modo algo confuso porque tenía la boca llena de manzana—. ¿Cómo está usted, monsieur Poirot?

—*Très bien, chère madame* —contestó Poirot cortésmente—. ¿Y usted?

La señora Oliver había cambiado un poco de aspecto desde la última vez que Poirot la había visto. La razón de aquel cambio era, como ella había insinuado por teléfono, que había hecho un nuevo experimento con su *coiffure*. La última vez, su cabello parecía alborotado por el viento... Aquel día, en cambio, llevaba el pelo, de un tono algo azul, recogido en alto con una multitud de ricitos muy artificiales, como una marquesa del siglo XVIII. El tocado de la marquesa terminaba en el cuello, ya que el resto de su atuendo podía describirse, decididamente, como «práctico y campesino»: una falda y una chaqueta de paño áspero, de un violento color de yema de huevo, y un jersey de un bilioso color mostaza.

—Sabía que vendría usted —gorjeó la señora Oliver con alegría.

—Es imposible que lo supiera —respondió Poirot con severidad.

—Sí, sí, lo sabía.

—Todavía me pregunto yo mismo por qué estoy aquí.

—Yo puedo contestarle: por curiosidad.

El detective la miró con ojos un poco chispeantes.

—La famosa intuición femenina —dijo— puede que, por una vez en la vida, no la haya llevado muy lejos de la verdad.

—Bueno, no se ría de mi intuición femenina. ¿No he descubierto siempre al asesino desde el primer momento?

Poirot, galante, guardó silencio. Pero muy bien podría haber respondido: «¡Puede que lo haya adivinado al quinto intento, y no siempre!».

Sin embargo, en vez de eso, dijo mirando a su alrededor:

—Esta finca que tiene usted aquí es verdaderamente hermosa.

—¡Pero si no es mía, monsieur Poirot! ¿Creía usted que lo era? No, no, pertenece a una familia, los Stubbs.

—¿Quiénes son?

—Nadie, casi nadie —respondió la señora Oliver vagamente—. Solo son ricos... No. Estoy aquí por motivos profesionales, haciendo un trabajo.

—¡Ah! Está usted documentándose para una de sus obras maestras, ¿eh?

—No, no. Solo lo que he dicho: estoy haciendo un trabajo. Me han contratado para que organice un asesinato.

Poirot se la quedó mirando.

—No, no. No me refiero a un asesinato de verdad —aclaró la señora Oliver—. Mañana se celebra aquí una gran fiesta y, como novedad, tendremos el juego «atrapa al asesino». Yo me ocupo de todo. Es como eso de la «búsqueda del tesoro», pero como este último se ha vuelto tan vulgar pensaron que «atrapa al asesino» sería una

novedad. Así pues, me ofrecieron una suma muy sustanciosa por venir aquí y pensarlo todo. Muy divertido... Será un cambio en la triste rutina diaria.

—¿Y en qué va a consistir?

—Bueno, habrá una víctima, claro, y pistas. Y sospechosos. Todo bastante convencional, ¿sabe?, la vampiresa, el chantajista, los jóvenes amantes, el mayordomo siniestro, etcétera. Cuesta media corona la entrada. Te dan una primera pista y tienes que encontrar a la víctima y el arma. Y, claro, decir quién es el asesino y por qué lo hizo. Y hay varios premios.

—¡No está mal! —exclamó Poirot.

—La verdad es que organizar todo esto es mucho más difícil de lo que parece... —dijo la señora Oliver con expresión lastimera—. Porque debe usted tener en cuenta que la gente de verdad es inteligente, mientras que en mis libros no es necesario que lo sean.

—¿Y me ha hecho usted venir para ayudarla en esto?

Poirot no se esforzó mucho en ocultar su resentimiento.

—¡No, no! —contestó la señora Oliver—. ¡Desde luego que no! De todo esto me he ocupado yo sola. Está todo dispuesto para mañana. No, no, le necesitaba a usted por un motivo completamente distinto.

—¿Qué motivo?

La señora Oliver se llevó las manos a la cabeza. Estaba a punto de pasárselas frenéticamente por el pelo con aquel gesto tan suyo cuando recordó lo intrincado de su nuevo peinado. Así pues, se desahogó tirándose de los lóbulos de las orejas.

—¡Debo de ser estúpida! —se lamentó—. Pero creo que algo anda mal.